

Retorta

Un hombre de negocios

Javier Báez Zacarías

No por nada se llamaba Domingo, Domingo Miranda. No hay duda de que la pila bautismal marca el destino de los cristianos, y a este, desde el cielo, le había sido otorgado el nombre del séptimo día, el día sagrado de reposo. Con el pasar del tiempo, lo sabemos muy bien, el sentido de la palabra ha ido variando y ahora, muchos, los más, entienden por domingo día de descanso, lo que falsea de cabo a rabo la carga semántica original del término. El reposo es inactividad consagrada, y el descanso, inactividad en el ocio. Esa confusión viene por la descalificación del rito y por el tedio. ¿Para qué dedicar el cuerpo y el alma a una entrega plena que exige esfuerzo y da placer? Mejor dedicar la entrega únicamente al placer, así se elimina todo esfuerzo, lo que resulta gratificante después de seis días inmolados al trabajo. Pero también se debe a la ignorancia, a estas alturas, pocos saben —como bien lo enseñaban las maestras en cada escuela, fuera laica o religiosa— que la palabra domingo viene del latín *dies Dominicus*, que significa... bueno, pero nada importa para esta historia el origen de las palabras, y a Domingo no le interesaba el de su nombre, mucho menos saber si el sacerdote encargado del agua bendita había llevado con excelencia sus cursos de latín. A lo que Domingo Miranda aspiraba era a llevar con tranquilidad su vida, en ningún momento pretendió el descanso, pues siempre puso empeño a su trabajo hasta darle renombre a su tienda de abarrotes. Como todo en la vida es negocio —pensaba—, se requiere del concurso de otros para llevar con desahogo la existencia. Así, teniendo diez hijos, cada uno con un oficio diferente, la familia sería de verdad un núcleo social al que nada le faltara. Como esta idea le nació cuando ya era dueño de un negocio, no fue difícil encontrar esposa y empezar a construir un futuro sólido que le permitiera llegar más allá, mucho más, del día de su muerte. Lo primero requerido era un contador, así que trajo de inmediato a Menche que —entre berridos de noche y berridos de día— fue aprendiendo las cosas de la vida y no faltaban muchos años ya para su ingreso a la universidad. Sus estudios, hasta ahora, llevaban cada año diploma de honor, dentro de poco empezarían a dar frutos. Claro que un contador requeriría una secretaria. Se aplicó a la tarea y trajo a Chata, nada tonta la muchacha, aprendió ya, como algo natural, el oficio de la casa y se ha ido preparando para ingresar a la academia. Realiza, a diario y con esmero, ejercicios de caligrafía y de lectura. ¿Qué más? Habrá que hacer crecer, en el futuro, la empresa, y agregar un segundo piso a La Esquina y tal vez hasta otro más. Se requerirá, de seguro, un ingeniero. Monche se acerca con paso agigantado al final de la primaria, tenían ya los planes

para su ingreso a ingeniería. Claro que un ingeniero requiere del arquitecto, en uno radica la planeación y en otro el levantamiento de la obra; en uno la construcción y en otro, después, el diseño. No se trata nada más de armar un jacalón para la venta, es necesario lo visual, pues la apariencia, como en la gente, reside lo llamativo, que dará por resultado lo enamorante. Para eso está ya en preparación Malche, su padre le ha acercado, desde hace años, hojas y lápiz para dibujar y colorear, la niña se ha mostrado diestra en el trazo y en la combinación de tonalidades, así fue concebida, con un objetivo claro. La experiencia que tenía Domingo le indicaba que todo bien inmueble está incompleto sin la fontanería, la carpintería y la electricidad, pidió consejo a su mujer y trajeron, no hace mucho, a Toche para ese trabajo rudo pero sencillo del que no se necesita universidad, basta mandarlo un tiempo de aprendiz para que adquiriera los secretos. Hasta ahí estaba bien armado el negocio. Pero aún había carencias, faltaba protegerse en lo legal y en la salud; nadie puede decirse libre del mal. Así que, siempre en acuerdo matrimonial, llegó Chela para la escuela de Derecho y Cacho para la de Medicina. No habría quien compitiera con esta empresa, no existiría rival digno de dar batalla teniendo como aliados a la Justicia y a la Muerte. Si todo contador requiere secretaria, no hay que olvidar que para cualquier médico es indispensable una enfermera, y, en la emoción, el matrimonio decidió que a esta nueva profesional le dirían, de cariño, Licha. Una noche en la que a Domingo no le llegaba el sueño y se entretenía viendo la oscuridad del cuarto, pensó que para su negocio es indispensable un chofer, pues de esta manera la venta no se limita a un sitio en la ciudad, sino que pueden transportar mercancía que doblará las ganancias. ¿Cómo ves, Estela?, le preguntó imprudente trayendo a la mujer a la vigilia, ¿qué te parece esto que pienso? Ella dijo que estaba de acuerdo, que se daba cuenta de la importancia de tener un chofer en el negocio. Sin prender la luz, bajo las cobijas, iniciaron los trámites, y al terminar, con los ojos tratando de vencer la oscuridad y el tiempo, Estela dijo: lo llamaremos Jesús.